

seguridad y normalidad, el Estado debe, rápidamente, radicalmente, brutalmente, cerrar las tabernas.

Escribamos con placer el nombre de D. Abelardo Jiménez, médico de el Carpio, en la provincia de Valladolid.

En medio del terror que causa la epidemia de viruela, cuando no había quien quisiese enterrar los cadáveres, el médico abrió con sus manos la fosa, y cargando en sus propios hombros á una mujer muerta, le dió sepultura.

El gesto es hermoso; hermoso á lo cristiano ascético, y hermoso á lo humano también, sin que la fe necesite entrar en juego; el Sr. Jiménez es un hombre, podría ser un santo, y la cruz de Beneficencia no tardará, lo espero, en brillar sobre su pecho nobilísimo; pero... Siempre hay peros cuando se tiene la condición, que no llamo fortuna ni desgracia, de ser un espíritu analítico.—He aquí el pero, que no sufro se me quede entre los puntos de la pluma.—En la Edad Media, enterrar á los variolosos, á los apesados, era la *buena obra*. Hoy la *buena obra* es vacunar á los sanos, para que la viruela no llegue á invadirles. Tal es el servicio que la ciencia y la humanidad esperan de los médicos de partido. Vacunar sin trenga; que no se les escape una rata sin vacunar. La respuesta de los hospitales y clínicas alemanas la debemos tener siempre muy presente. En Alemania no pueden darnos consejos, no pueden decirnos lo que se hace durante las epidemias de viruela... porque no existen; se han suprimido, difundiendo, universalizando la vacuna.

El comentario á la anterior noticia, ó sea á la abnegación del médico del Carpio, es la terrible escena de Linares, el arrebato de locura del varioloso don Ignacio Montero, que quiso degollar, en la acésion de su fiebre, á su familia toda.

Una difunta cuyo cuerpo nadie se atrevía á enterrar, hasta que surge un héroe: un hombre perteneciente á una clase social respetable, que intenta asesinar á sus inocentes hijos... Escenas espeluznantes, de tiempos crueles, provocan la repugnancia y el terror obscuro de la fatalidad...

Pues bien, esas dos notas trágicas las evitarían la lanceta y el tubito, ó la ternera con su rosado vientre jaspeado de pústulas.

¡A vacunar, simpático y valeroso facultativo del Carpio!

Nunca recojo aquí nada de lo que se lee en la prensa y en que intervienen sacerdotes; pero estos días corre un suceso que si tiene mucho de deplorable, tiene también bastante excusa; un movimiento natural, aunque excesivo, que los periódicos califican, á mi entender, con sobrada severidad.

Un cura párroco toma el fresco á la puerta de su casa. A sus pies está echado el perro, el compañero, el amigo de cada hora. El cura no tiene familia; el cura quiere á su perro, como se quiere á los perros que son leales. Pasa un chiquillo, y en su instinto de malevolencia, no se le ocurre nada más divertido que cerrar á palos con el can, que reposaba descuidado.

Y el cura... ¿Qué hubiesen ustedes hecho? Pues hizo lo mismo que ustedes y que yo: salió á la defensa de su perro, corrió tras el maligno rapaz, le dió un puntapié. Yo no sé qué le daría al que le pegase á un perro mío, que no hacía daño, ¡inofensivo animal!, pues esto de atormentar á un ser bueno, que no nos ataca, me parece tan repulsivo, doblemente repulsivo que algunos crímenes.

Las gentes de Robledo, donde sucedió este caso sencillo, querían nada menos que linchar al párroco. ¿Qué guardan las gentes de Robledo para ciertos asesinatos, para ciertos malhechores hacia los cuales, de repente, vemos despertarse una compasión que puede confundirse con la simpatía?

La revista malagueña *Reflejos* me pregunta «qué pienso del carácter andaluz.»

¿Verdad que la respuesta es comprometida para quien se ha pasado, por junto, quince días en Sevilla, tres en Granada, dos en Córdoba, uno en Puerto Real, etc., lo menos, lo menos que se puede estar en Andalucía?

Claro es que todos conocemos andaluces, tenemos amigos nacidos en aquel país. Claro es que todos hemos leído novelas de Alarcón, Valera y Fernán Caballero, sin hablar de las de Arturo Reyes y Muñoz Pavón. Claro es que diariamente, en dramas, cuentos, historias, relatos, nos llegan series de indicios para conocer «el carácter andaluz.» Con todo eso, el carácter, mejor dicho, la psicología de una región, no se conoce así, ni su definición se hace en un par de líneas. No me atrevo á contestar á la pregunta de *Reflejos*.

De paso exclamaré: ¡qué cosas dan en preguntar los periódicos! Estoy viendo cuando dan en inquirir los años que uno cuenta y los sentimientos más ocultos que en su conciencia guarda.

Un interrogatorio he recibido hace pocos días, donde se pretendía que yo declarase: si estoy por los rusos ó por los japoneses,—si creo útil ó nocivo llevar corsé de dril,—si me gusta la sobreasada de Mallorca,—si soy entusiasta de Rodríguez San Pedro,—si considero que la Casa de Correos estará bien situada en los Jardines del Retiro,—si hago uso de la velutina marca no sé cuántos,—si soy vegetariana,—si estoy convencida de que el marqués de Casa Riera es en efecto el marqués de Casa Riera.

Ya ven ustedes que todo esto puede acarrear consecuencias más ó menos graves. No, la manía de las preguntas va siendo punto menos temible que la de las postales, que decae, según afirman, pero á mí se me figura que arrecia.

En efecto: recibo, por término medio, seis postales diarias, para que ponga en ellas un pensamiento, y hay quien añade «en verso» sin remisión.

De suerte que, por culpa de la postalomanía, he de pensar, lo menos, seis veces cada jornada, en honor de los señores, señoras y señoritas que me aposalan por correo. Y á veces he de pensar también en honor, no de los que me las expiden, sino de los que sólo me las piden, identificándome al célebre sastre del campillo, que sobre coser de balde, regalaba el hilo.

También se da el caso de que los solicitantes de postales me echen multa. Varias cartas de las que desde América me dirigen conteniendo postales que debo firmar «pensando,» traen recargos, por insuficiencia de franqueo, que oscilan entre 30 y 90 céntimos de peseta. Ya he resuelto no admitirlas, y perdónenme mis postalógrafos de allende el Atlántico, y franqueen como Dios manda, que será lo mejor.

Nada significan los céntimos una vez; el demonio es que los recargos menudean.

Se ha dado una batida á los expendedores de libros y estampas pornográficas. Está muy bien; está mejor todavía si á la recogida acompaña la multa.

Ciertos tráficos se hacen sin otro estímulo que el interés. Deben atacarse por el bolsillo.

El público adquiere esas estampas, esas publicaciones asquerosas... Sostengo que, después de adquirirlas y saturarse de ellas, el público, determinado público, ni es mejor ni peor, ni más culto ni más rebajado: lo positivo es que el hecho de que expender porquerías dé base á lucrativa industria, revela estados tristes, predisposiciones morbosas. Si eso se vende, es porque se compra; si el comprarlo constituye la excepción, nadie intentaría venderlo. Lo que sostiene el escándalo son los escandalófilos.

La insidia de los pornógrafos se combate de antemano en la escuela, en el hogar, dondequiera que se forma una generación sana, no precozmente bastardeada y picardeada, como la que adquiere y esconde, para recrearse á hurtadillas, esos libros.

Y ya que hablamos de pedagogía... Regreso de visitar la Colonia Escolar de Vacaciones, de niñas, en la bonita playa de la Laguna.

Las que he visto hace un mes anémicas, descoloridas, desgredadas, con sello de abatimiento en medio de la bulliciosidad infantil, están ahora, á los veinte días de residencia en la Colonia, tostadas y coloradas por el aire del mar, alegres, fuertes, aseadas de dientes, manos y pelo...

¡Ah, el pelo! ¡Si un día se hiciese obligatorio en todas partes, como la vacunación, el esquilado de las criaturas!

Casi sin excepción, las que vienen á reponerse y enderezarse en las Colonias Escolares necesitan del valor y abnegación de las profesoras... Traen el estigma; nadie había pensado en redimirlas de él...

Es preciso que os refiera un detalle muy característico. Cuando en las Escuelas de Marinada vimos reunidas á las niñas con opción á formar parte de la Colonia, hube de fijarme en una, lindísima, que lucía, alrededor de una cara pálida y fina, unas guedejas oscuras, peinadas con coquetería, adornadas con un lazo de cinta roja.

Al acercarme á ella, no pude menos de exclamar: —¡Qué bonita es! Pero debían cortarla este pelo que la consume.

La niña oyó y calló... Designada para formar parte de la Colonia, rehusó obstinadamente. ¡Temía que la cortasen las guedejas oscuras, engalanadas con moños de cinta roja!

Cuando lo supe, pensé:

—¡Absalón!

Por los pelos empieza la vanidad, la presunción, y lo que es peor, la falta de higiene.—Esquilen y vacunen.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Los piquetazos de Amsterdam no han influido poco ni mucho en que decrezca la animación de la sociedad, no interrumpida durante estos meses de verano. La sociedad se divierte, se expansiona, mientras la minan y contraminan los zapadores del socialismo, aleccionados á la prudencia por Jaurés, y que le encuentran tibio, poco radical.

Hay más todavía. La sociedad ya casi ni vuelve la vista hacia el crecer continuo, tenaz, perseverante, del socialismo. Se ha conformado á que los socialistas la destruyan, bueno, pero no á que la aburran y entristezcan. La inmensa mayoría de las gentes nada quiere saber de estos congresos como el de Amsterdam, de estos meetings, de estas Asociaciones, de estas huelgas, de esta propaganda activísima que entrefiletea los diarios. Los gobernantes tienen que hacer que se enteran, pero rara vez va su interés más allá del ineficaz paliativo y del *après moi le déluge*, y un sistema de defensa organizado, diferente de las violencias represivas ó del aplazamiento abúlico, sería sorprendente por lo inesperado y nuevo.

Mayor ansiedad que los trabajos socialistas despierta Puerto Arthur. Que esa plaza caiga ó no en poder de los sitiadores, es cuestión muy cautivadora de la atención emocional. Nadie deja de preguntarse lleno de curiosidad: «La plaza, ¿capitulará ó será tomada por asalto?» Que los nipones sean rechazados, nadie lo cree ni lo espera, por más rusófilo que se le suponga.

La señal del convencimiento de que se acerca la rendición ó toma de la plaza, es que ya se ha acordado que salgan de ella las bocas inútiles, la gente civil. Largos caravanas de mujeres, viejos, niños, se retiran silenciosos, dejando solos á los defensores. Triste emigración, triste escena, pero prevención muy humanitaria, pues un asalto es horrible cosa. Desaparecen en él los instintos humanos y sale á plaza la fiera.

La guerra desencadena esta fiera que se oculta bajo todo hombre, lo cual demuestra hasta qué punto es errónea la teoría del criminal nato, favorita de la escuela antropológica contemporánea. Criminal nato lo es casi todo el mundo, y son las circunstancias, las influencias, lo que le impide revelarse. La guerra no crea almas nuevas; se reduce á desnudar de un revés las almas.

La ley del descanso dominical ha aparecido. ¡No sirve! ¡No dispone el cierre dominical de las tabernas! Y faltando este requisito, poco ha de notarse en las costumbres la mejoría. No sé si diga que hasta es contraproducente la ley.

Empleamos obreros en el campo. Puedo observar de cerca su psicología. Desean, como es natural, el día de reposo; pero, llegado éste, se aburren, no saben qué hacerse para matar las horas. A resolverles el problema está la taberna, con sus seducciones bastas. No es que todos los obreros se emborrachen, ni está el mal en las borracheras precisamente, sino en la excitación malsana y grosera del aislamiento de los varones, encerrados en el bebedero y el jugadero, mientras la familia, las mujeres, se quedan en casa, en el abandono. Los hombres reunidos, dando al naípe, jactándose, barbarizando juntos—amén de la bebida,—¿qué va á salir de ahí? Lo que sale.

Hace pocos días, por calles céntricas de mi pueblo, una horda de bárbaros, en domingo, se las lió, navaja en ristre, con todo pacífico que encontraron. La más severa represión debiera ejercerse contra delitos de esta clase. Aquí sí que es del caso lo que llaman «ejemplaridad.» Porque tales salvajadas suelen quedar impunes, y la impunidad las cría y reproduce, como la falta de cultivo cría los cardos. Y aparte de lo que la sociedad debe hacer para castigar delitos que imposibilitan la vida en condiciones de